

SENDEROS ECONÓMICOS

ALFREDO ZAIAT

ALFREDO ZAIAT

Licenciado en Economía, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires (UBA). Periodista especializado en economía. Jefe de la sección Economía y del suplemento económico *Cash* del diario *Página/12*. Columnista de economía del programa "Es hora", Radio Nacional, conducido por Enrique Vázquez. Autor del libro *Economistas o astrólogos*, 2004.

La economía argentina se ha caracterizado por transitar senderos a lo largo de su historia que desorientaron al saber convencional. El análisis generalizado en el mundo de varios investigadores es que existen casos particulares que se alejan de los parámetros comunes del resto de los países. Un ejemplo es Japón, una potencia mundial con escasos recursos naturales. El otro, que ha circulado por los ámbitos académicos internacionales y que se ha popularizado, es la Argentina, un país que, dadas sus riquezas, su escasa población y la calidad de sus recursos humanos, posee las condiciones para ser estable y pujante. Sin embargo, su destino han sido las crisis recurrentes, de todo tipo y color. Existen varias lecturas para acercarse a las razones de la frustración de la experiencia argentina, desde motivos políticos, sociales y culturales, hasta razones que se pueden remontar a su origen histórico como nación. Pero para acercarse a la cuestión económica y a la fatalidad de su inestabilidad, resulta necesario precisar que la Argentina ha tenido en su historia moderna, con sus obvios matices de época, tres etapas bien definidas: el denominado modelo agroexportador (1880-1930), el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (1930-1975) y el modelo rentístico-financiero (1976-2001). No se trata de esquemas cerrados, sino que en cada uno de ellos se manifiestan rasgos de los otros. La etapa en la que se definió su hegemonía

ofreció una forma de organización social que tuvo fuertes tensiones con su correspondiente crisis política.

El modelo agroexportador fue la estructura económica que acompañó la conformación y la consolidación de Argentina como país entre la generación del 80 y la década del 20. Así se construyó una imagen, que se difundió con bastante éxito en centros urbanos y que expresó la posesión de todos los atributos para considerarse los hacendados de la Patria. Al respecto, Roberto Bisang señala:

El desarrollo económico de la Argentina guarda una estrecha relación con la explotación económica de los recursos naturales en general y, en particular, con las producciones agropecuarias. Esa imagen se fue forjando a partir de mediados del siglo XIX, cuando la prosperidad del país corría de la mano de la ampliación de la frontera agrícola-ganadera (de las carnes primero y del trigo y del maíz después), en base a tecnologías importadas (y adaptadas localmente) sustentando un modelo traccionado por el mercado externo. La Argentina, "granero del mundo" o controlando la mitad del comercio mundial de carnes bovinas, estructuró su base productiva a partir de un conjunto acotado de sectores que operaron a modo de "locomotoras" del crecimiento de toda la economía. Cuando la cantidad de tierras y el deterioro de los términos del intercambio impusieron un límite a este modelo, quedó al descubierto la fragilidad de una estructura productiva desbalanceada y dual, centrada en unas pocas actividades y orientada a mercados (y por empresas) muy concentrados.¹

En esa instancia emerge el modelo de sustitución de importaciones, en una primera etapa forzada por la crisis internacional y la Segunda Guerra Mundial, y en una segunda, por una decisión política del propio Estado durante el gobierno peronista. Una de las principales características de este período lo constituye el hecho de que el modelo de industrialización fue impulsado, no obligado por el escenario internacional desfavorable. En esa fase aparece la idea de la planificación, cualidad que concentra la admiración cuando se refiere a los proyectos de las empresas privadas. En cambio, no sucede lo mismo cuando ese objetivo es adjudicado al Estado. Conceptos como dirigismo e intervencionismo público son expresados, en general, en tono negativo y perjudicial para el funcionamiento de la economía. Sin embargo, sin planificación se transita hacia el camino de una crisis por improvisación, puesto que el dinamismo de la economía requiere de un plan. Se destacan, en ese sentido, las principales pautas definidas en el Primer Plan Quinquenal del gobierno de Perón (1947-

1951). Este Plan, que se delineó bajo la dirección de José Figuerola, presentó tres ejes fundamentales:

- determinar las necesidades previsibles de materias primas de origen nacional, combustibles, energía eléctrica, maquinarias y transportes. Y verificar el estado y el grado de eficiencia de los sistemas de producción, explotación y distribución de esos bienes;
- establecer un programa mínimo de cinco años de las obras e inversiones necesarias para asegurar un suministro adecuado de materias primas, combustibles y equipos mecánicos. Y desarrollar la industria y la agricultura;
- descentralizar la industria, formando nuevas zonas, diversificar la producción y emplazar dichas zonas adecuadamente en función de las fuentes naturales de energía, las vías de comunicación, los medios de transporte y los mercados consumidores.

Este proyecto tuvo sus virtudes y sus defectos, logró avances y provocó desequilibrios, pero brindó un horizonte que se empalmó con el Segundo Plan Quinquenal, que quedó trunco por el golpe del 55. Su resultado es motivo de debate entre historiadores. En cambio, no debería ser motivo de controversia el concepto de que un país normal se construye con planificación.

Con relación a esta idea, Eduardo Basualdo explica:

Durante muchas décadas, la economía argentina tuvo como eje y sustento la economía real. Ahí se dilucidaban las relaciones entre capital y trabajo. (...) Desde 1976 en adelante, el patrón de acumulación es de una naturaleza muy diferente porque la variable de ajuste es la economía real, y la relación entre capital y trabajo se dirime en el ámbito financiero. La política económica a partir de 1976 cambia drásticamente, al adoptarse diversas políticas monetaristas. Hasta ese momento, la política económica buscaba potenciar la economía real y las variables financieras se acomodaban a su evolución. A partir del '76 es al revés: la variable de ajuste es la economía real. Ese cambio de política económica va acompañado de nuevas funciones del Estado. Un patrón de acumulación de capital implica una modificación sustancial, porque cambian las alianzas sociales y por lo tanto el carácter del Estado. El papel del Estado en este proceso es garantizar que la tasa de interés interna sea mayor que la internacional porque, si no, no hay valorización. Ese es el rol estratégico que cumple desde mi punto de vista la reforma financiera del 77, que establece que el Estado ya no se financie a través del Banco Central, sino que es un tomador de fondos más en el sector financiero. Por otro lado, el Estado durante la dictadura y el gobierno constitucional posterior asume como propia la deuda externa privada, cosa que no va a suceder en el 2001, a

¹ Roberto Bisang, "El desarrollo agropecuario en las últimas décadas: ¿Volver a creer?", 2007.

pesar de que hubo algunos intentos. A estos posicionamientos muy relevantes del Estado se le agrega otro: el endeudamiento externo del sector público no está en función de la economía real y de la expansión productiva, sino en función de la valorización financiera. Esto quiere decir que el sector privado saca más de lo que pone. Y la renta que obtiene la remite al exterior en divisas, que las provee el Estado mediante su propio endeudamiento con el exterior.

(...) Las privatizaciones son el mayor cambio en la estructura económica del país durante el siglo XX. Más importantes, incluso, que la estatización del peronismo original, momento en que el Estado tenía mucha menor importancia en términos relativos. A principios de los '90, las empresas estatales eran las más grandes de la economía argentina porque ostentaban la mayor participación en las ventas de las grandes firmas de la economía nacional. Por lo tanto, tenían un gran impacto en términos de inversión y de importancia como instrumento de la política económica. Por eso las privatizaciones fueron un cambio de enorme trascendencia que tiene que ver con el proceso de valorización financiera.

(...) El 2001 constituye un punto de ruptura muy importante porque se cierra un ciclo de casi 30 años donde la sociedad argentina tuvo un patrón de acumulación de capital específico, impuesto por la dictadura militar. Un patrón diferente al agroexportador de las primeras décadas del siglo XX y al de sustitución de importaciones que vino después: el de la valorización financiera.²

El fabuloso contexto internacional, con precios de las materias primas elevados, creó las condiciones para el rearmado de las fuerzas políticas y para impulsar un modelo agroexportador. Dentro de éste existe un grupo poderoso, conservador y reaccionario que aspira a recuperar la tradicional Argentina agroexportadora, reeditando la que se extendió desde fines del siglo XIX hasta la década del 30. La inserción del país en el mundo sería como la de un gran exportador de productos agrícolas e importador de manufacturas y bienes de capital. En esa época su incorporación fue favorecida por una división internacional del trabajo que tenía como eje a Gran Bretaña. En la actualidad, ese lugar de potencia demandante de materias primas agropecuarias es ocupado por China y la región asiática. El predominio político de ese modelo tiene como rasgo sobresaliente la cultura autoritaria, elitista, de exclusión social y rentística, con sus principales ingresos provenientes de la renta de la tierra.

En ese escenario complejo, existe también un sector del campo privilegiado que prefiere un neo-desarrollismo con base agraria, aunque por ahora no se ha manifestado

con fuerza. Ese modelo de los grandes grupos y empresas agropecuarias propone sistemas agroindustriales y cadenas de valor regionales para la producción de bienes agrícolas con mayor valor agregado. Es un sistema de concentración y de grandes capitales. Aún con cierta confusión, este sector expone el apoyo a pilares básicos de la actual gestión de la economía, como un tipo de cambio competitivo y la preservación de superávit gemelos (fiscal y comercial). La discrepancia con el modelo de base industrial tiene que ver con el tipo de desarrollo propuesto en función de la clase de especialización productiva a la que debería tender la economía argentina.

En este punto, las diferencias entre ambos esquemas pueden parecer irrelevantes para algunos, pero en los matices se determina el rumbo de la política económica con sus ganadores y sus perdedores relativos, puesto que ese resultado se genera dentro del bloque de los triunfadores. Esa tensión se refleja en el capítulo de la especialización productiva. La diferencia sustancial entre esas versiones neo-desarrollistas remite al sector o a las actividades elegidas para liderar el proceso de crecimiento y desarrollo. La actividad de base industrial tiene, obviamente, a las firmas industriales como la fuerza motriz del crecimiento económico; mientras que para la agraria, el camino hacia mayores niveles de desarrollo sería el crecimiento de los sectores basados en ventajas naturales en general y agropecuarios en particular, a través de la adición de una mayor cuota de valor agregado a sus productos (por ejemplo, biocombustibles, aceites).

Así presentados da la impresión que poco importa esa distinción para el sendero de crecimiento de la economía, puesto que en ambas se registrarían robustos avances del Producto. Sin embargo, la clave que los separa tiene que ver con el esquema de organización social que se deriva de cada uno de esos modelos y con las posibilidades que existen en uno y en otro para mejorar la distribución del ingreso. El modelo agroindustrial no es un potente generador de empleo pese a la insistencia de sus investigadores asociados. El esquema sojero es expulsor de mano de obra del campo. Incluso el eventual proceso de industrialización de productos agropecuarios no es un demandante creciente de empleo y, por lo tanto, es regresivo en el capítulo redistributivo. En tanto, el neo-desarrollismo industrial ha dado pruebas de ser un importante motor de empleo, aunque ha mostrado límites al momento de avanzar en el reparto más equitativo de la riqueza. Entonces, sería oportuno profundizar en el debate central que consiste en el modo de desarrollo y en el régimen de acumulación en disputa.

2 Adrián D'Amore, "Los sectores dominantes no quieren que siga aumentando la participación de los asalariados", entrevista a Eduardo Basualdo, 2008.

La debacle de diciembre de 2001 fue una crisis de un modo de desarrollo específico que, sin dar lugar a un cambio en el de producción (capitalista), introdujo de lleno a la economía en un período de transición. El ciclo de capital en Argentina tiene un componente predatorio que sobresale sobre diferentes experiencias. En otras palabras, esos rasgos especiales consisten en la obtención de ganancias extraordinarias en poco tiempo; esto define la duración del ciclo de prosperidad y explica, en parte, la escasa duración de las ondas de auge. Si se hace un corte arbitrario de este período económico fundador, por haber comenzado el modelo rentístico-financiero, se puede iniciar mencionando la tablita de Martínez de Hoz; luego, el Plan Austral; posteriormente, la convertibilidad y, ahora, el denominado modelo productivo. En ese ciclo del capital local, esas fases han ido condicionando al ciclo político, y no al revés, como se presenta en las corrientes de divulgación tradicional.

Un atributo notable de cada una de esas experiencias, con factores locales y externos que influyeron en su desarrollo, fue el apoyo inicial del sector del capital a esos procesos, que coinciden, en esa primera etapa, con tasas de ganancias fabulosas, pero con la contrapartida de una profunda depresión de los ingresos salariales. A medida que se va recuperando la demanda por fuerza de la mejora de la economía, empiezan a disminuir naturalmente esas fantásticas tasas de ganancias. Frente a ese lógico proceso, la respuesta del capital se concentra en incrementar el endeudamiento con objetivos diversos y en disponer un menor ritmo inversor, al tiempo que se decide aumentar los precios y la distribución de dividendos entre los accionistas. De esa forma, se apresta el escenario de deterioro para preparar un nuevo ajuste, que en general se traduce en una fuerte devaluación que permite recuperar esas extraordinarias utilidades reduciendo, en forma drástica, el componente salarial. También se definen los tiempos políticos y las discusiones sobre el rumbo económico.

En los años anteriores al estallido de la convertibilidad, los bloques del poder económico que durante la etapa de auge habían constituido la santa alianza para el desguace del Estado dividieron su opción entre devaluación (industriales y exportadores) y dolarización (privatizadas y bancos). Una u otra alternativa permitiría al grupo triunfador la recuperación de esas elevadas tasas de ganancias. Ya se sabe cuál fue el vencedor.

El debate económico de fondo es consolidar un modelo industrialista con crecimiento del mercado doméstico o su reversión a uno agroindustrial exportador. Por las caracte-

rísticas esenciales de la denominada burguesía nacional y las multinacionales que operan en el país, se inclinan por la segunda opción, que les asegura rentas elevadas con tipo de cambio alto y salarios retrasados. La discusión respecto a las retenciones, que entre otras cualidades es un instrumento que establece tipos de cambios diferenciales para fomentar el desarrollo industrial, es la exteriorización de esa puja esencial.

El análisis comparado internacional revela que una condición fundamental de la fortaleza de las instituciones es la cohesión social; ésta tiende a fracturarse cuando la sociedad distribuye de manera poco equitativa la riqueza disponible y, sobre todo, su incremento. Las sociedades institucionalmente sólidas, con sistemas políticos capaces de procesar conflictos, son en esencia sociedades cohesionadas. Esos contextos promueven la aparición de liderazgos capaces, con vocación de acumular poder en el propio espacio y abrir oportunidades para el conjunto de la sociedad, a la inversa de lo que ocurre en los casos en que predominan los comisionistas de intereses transnacionales.³

Esa tensión se refleja en el capítulo de la especialización productiva. El neo-desarrollismo de base industrial promueve, como prioridad, cadenas de valor industriales, sistemas locales de innovación y producción de bienes diferenciados. Mientras, el neo-desarrollismo de base agraria propone privilegiar sistemas agroindustriales y cadenas de valor regionales para la producción de bienes agrícolas con mayor valor agregado. Como se deduce, esas dos posiciones no son necesariamente excluyen-

3 Plan FENIX II, "La inclusión social, el bienestar y la educación: imperativos para el desarrollo (Plan: 2006-2010)", 2006.

tes, con amplios márgenes para convivir y crecer. Pero no es tan evidente que los grupos en silenciosa disputa piensen que se puedan armonizar esas estrategias y, por ese motivo, se mueven para candidatear a los ejecutores más cercanos a sus posiciones. “La diferencia sustancial entre las versiones ‘neo-desarrollistas’ remite al sector o a las actividades elegidas para liderar el proceso de crecimiento y desarrollo”.⁴ En el de la de base industrial, obviamente, “la industria debería ser la fuerza motriz del crecimiento económico, mientras que para la segunda, sería el crecimiento de los sectores basados en ventajas naturales en general y agropecuario en particular, a través de la adición de una mayor cuota de valor agregado a sus productos, el sendero hacia mayores niveles de desarrollo”.⁵

El *neo-desarrollismo de base industrial* es una estrategia que no sólo debe radicar en la creación de “nuevos” sectores sino en la incorporación de tecnología en sectores tradicionales, permitiendo la diferenciación de la producción a partir de la generación de ventajas competitivas dinámicas, genuinas y sistémicas. Así, se competirá en los mercados externos por atributos diferenciales (calidad, diseño, servicios) y no por precio, en base a productos con alto valor agregado, contenido tecnológico e intensivos en mano de obra calificada (esto último implica salarios altos).

Este es uno de los aspectos de este tipo de especialización productiva que incluye, además, encadenamientos de firmas en ese proceso, impulso de la integración

productiva-industrial en el marco del Mercosur, fortalecimiento de una economía con actores domésticos e innovadores que permitan una dinámica virtuosa de crecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

BISANG, Roberto: “El desarrollo agropecuario en las últimas décadas: ¿Volver a crear?”, en Kosacoff B. (Ed.) *Crisis, recuperación y nuevos dilemas. La economía argentina 2002-2007*, Oficina de la CEPAL, Buenos Aires, diciembre 2007.

FUENTES EN INTERNET

D’AMORE, Adrián: “Los sectores dominantes no quieren que siga aumentando la participación de los asalariados”, Revista Zoom, entrevista a Eduardo Basualdo, Buenos Aires, 30 de mayo de 2008, [En línea], <http://revista-zoom.com.ar/articulo2294.html>, [15 de septiembre de 2010, 11:10].

Plan FENIX II, La inclusión social, el bienestar y la educación: imperativos para el desarrollo (Plan: 2006-2010), V Reunión Pública del Plan Fénix, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral (UNL), 2006, [En línea], http://www.aduba.org.ar/aduba-documento/plan_fenix_2010.pdf, [15 de septiembre de 2010, 11:03].

PORTA, Fernando; BIANCO, Carlos: “Las visiones sobre el desarrollo argentino. Consensos y disensos”, Programa de Bases para la elaboración del Plan Estratégico de Mediano Plazo de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (SECYT), Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación, 2004, [En línea], <http://www.mincyt.gov.ar/documentos/PortaDoc5.doc>, [15 de septiembre de 2010, 11:06].

4 Fernando Porta y Carlos Bianco, “Las visiones sobre el desarrollo argentino. Consensos y disensos”, 2004.

5 *Ibidem*.